

VENTA AL POR MAYOR—LA
ÚLTIMA VENTA

JOSÉ CASERO SÁNCHEZ

(Esta obra es SECUELA de la novela
VENTA AL POR MAYOR, UNA
HISTORIA FINANCIERA)

Disponible en AMAZON

https://www.amazon.es/Venta-por-mayor-historia-financiera-ebook/dp/B07BNWYF41/ref=sr_1_1?ie=UTF8&qid=1525019860&sr=8-1&keywords=VENTA+AL+POR+MAYOR%2C+UNA+HISTORIA+FINANCIERA

VOLUMEN 4

ORDEN DE VENGANZA

PARTE PRIMERA
TERCER PERÍODO (III)

(UNICO)

La cena de gala transcurría tranquila, aparentemente. Los murmullos de los comensales robaban espacio al silencio, en ésa estancia virtuosa, honorífica, donde sólo los ganadores de cada etapa podían disfrutar del privilegio de ocupar los ansiados sillones que simbolizaban, como signo pagano de su éxito, la gloria privada de aquel juego financiero. El mismo que los ocupaba, y en cierto sentido, entretenía, de forma sádica, y agobiante. Aunque no a todos. No... no todos sonreían.

—Vamos, Luis. Come algo, quién sabe... puede que no lleguemos otra vez —las palabras de Jiang Ling sonaron confusas al gerente que se sentaba enfrente.

—No sé qué decirte. Podría vomitar todo. No... puedo dar crédito. Jiang, ¿qué...? ¿Qué hemos hecho mal? —Alonso quiso repetir ésa frase, una y otra vez, a modo de castigo.

—No es tu culpa, Luis. No lo es.

No añadió nada más. El agotamiento mental, incluso físico, consumía a la agente. Un desastre. Aquel resultado, había sido el peor que habían sacado en todo su período. Los penúltimos. Se habían salvado de milagro. Aunque eso no era lo peor.

—Jiang —Alonso sollozó—. Lo hice. Lo di todo. No pude hacer nada más. Esos impresentables, lograron confundirme, y yo le dije a...

—Luis, Luis —Ling hizo un gesto rápido con la mano—. Olvídalo. Da igual. Ya es tarde. No podemos hacer nada por ellos. Han salido de nuestras vidas, tan pronto como entraron en ellas.

En realidad, la intermediaria de Alonso ni siquiera se creyó la mitad de sus propias palabras. Apenas pudo taparse las manos con la cara, como si la vergüenza no hubiera terminado de consumirla, de una maldita vez. Pero era un hecho. Aquello había sucedido, y ya no se podía hacer nada, al respecto.

—Bueno... no sé qué decir —Luis se limpió los ojos con la servilleta—. Está claro. Les fallamos. No debimos entregarles aquellas previsiones. Todo se ha ido al traste. Pobre Martin... ni siquiera pude... vaya.

—Déjalo, Alonso. Lo digo en serio. Yo también soy responsable de su muerte. Y la de Besson. Quise salvarlo, pero no pude hacer nada con aquellas órdenes que me... — Jiang calló momentáneamente, consciente del alcance de sus palabras—. Da lo mismo. Nos equivocamos. Obtuvieron peores resultados...

—Pensar que... ésos criminales estarán por aquí. Estoy seguro de que fueron ellos. Es imposible que fueran otros.

—Luis, entiendo tu enfado. Pero no tenemos pruebas que lo demuestren. Nada indica que ellos estuvieran detrás. Entiendo qué quieres decir, pero eso no te ayudará.

—Voy a hundirlos, Jiang —Alonso se enfureció—. Están acabados. Fueran ellos o no, serán eliminados. Me encargaré personalmente de ello. No sobrevivirán a éste período.

—Te entiendo —Ling trató de calmar a su amigo—. Si eso te hace feliz de nuevo, lo estudiaremos. Pero tranquilo, Luis. Recuerda que no tenemos el control de todo esto. Ya sólo somos veintisiete. Debemos ser cautos. Y partimos con los Números, casi en rojo. Ellos estarán por encima de nosotros. Hay que mantener...

—No, Jiang. En serio te digo, que acabaré con ellos. Al precio que sea necesario. Mírame... No sobrevivirán a esto.

No hizo falta añadir nada más al respecto. Un sonido indicó el fin de la velada. No habría baile, al parecer. Mejor. En realidad, no hacía falta. Tenían mucho trabajo pendiente, de sobra aún, por... ejecutar.

—No quiero parecer inoportuno, señor... pero le noto preocupado. ¿Se encuentra bien?

—Rays miró momentáneamente a Alonso, que no se movió.

El directivo se encontraba sentado, reflexionando. El interior de aquel coche podía resultar agobiante, en ocasiones. El chófer, por su parte, continuó maniobrando con cuidado el transporte, consciente de que, en ésa ocasión, su jefe no iba a mostrar tanta comprensión, como en otras ocasiones.

—Bueno. Creo que no he debido hacerlo. Espero que pueda resolver todos sus problemas a tiempo, señor —el chófer habló de nuevo, al no recibir respuesta.

—Eso resultará difícil de determinar, Rays —Luis interrumpió a su subordinado, que se disponía a hablar de nuevo—. ¿Y sabes por qué?

—No... señor. ¿Hay algo que le afecte, en particular?

—Lo cierto es que sí. No tengo buenas noticias. Imagino que sólo me atañe a mí preocuparme...

—Por favor, señor. No diga eso. Puede comentarme cuanto quiera, si lo desea. Mire, aunque forme parte de éste sistema, yo también lo paso mal. ¿Sabe? Es... bueno, compañeros aparentemente insoportables, y todo eso.

—Lo entiendo, Rays. Pero esto es mucho más importante que una mera rencilla personal. Uno puede enfadarse. Puede perdonar... pero no puede resucitar.

Un silencio incómodo se hizo dueño del interior del vehículo. El conductor comenzó a comprender la verdadera naturaleza del problema de su superior. Sí, estaba claro. Era parte de aquella macabra competición. Una con la cual, nunca estuvo muy de acuerdo.

—Siento si ha perdido —Rays se detuvo un momento—, algo más que la paciencia. Debe ser muy duro.

—Lo es, Rays. Realmente, es así. Sabes... no los conocí nunca de otra forma. Sólo dentro de éste juego idiota. Y, sin embargo, creo que los aprecié lo suficiente como para considerarlos parte de mi equipo. Y de mi vida, en cierto sentido. Quería superar, ganar ésta competición con ellos... pero ya no será posible —Alonso pronunció aquellas palabras con melancolía.

—Es duro, señor. No puedo contarle mucho, pero... no es la primera vez que vivo una situación como ésta. Dice mucho de usted, que los respetara tanto. Pero... señor, con todos mis respetos. No debe pensar en ellos. No le servirá de nada. Se lo aseguro.

—Te veo muy convencido, Rays. ¿Es por algo en particular?

—No, no me entiende. Olvídese de los fallos. O de las traiciones. Piense que en éste sistema, usted es un participante. Como el resto. Puede ganar, o perder. Está marcado, incluso escrito... que algún camino deba de tomarse. Permítame que le pregunte... ¿cómo quedó nuestra empresa? Si no le importa.

—No, trabajas en ella, o sea que... penúltimos. No sé, Rays. Tal vez deba prescindir de personal. Debo hablarlo con Kyu-Sa. Habrá que reajustar el presupuesto. Estamos en el borde...

—Vaya, no es una buena noticia, está claro —Rays pareció hablar más para sí mismo —. Pero imagine por un momento que cede. Que cae... que desaparece. Señor, debe luchar, no... dejarse llevar por el desánimo. No valdrá para nada.

—Ya —Luis pareció darle la razón por desidia.

—Piense... si no pudo salvar a sus amigos, intente hacerlo con usted mismo... en fin — el chófer detuvo el coche, justo delante de la entrada del edificio.

Alonso aprovechó ése momento, para abrir la puerta y bajarse del vehículo. Lo rodeó, y, justo antes de entrar en su cárcel particular, se volvió hacia Rays, como enigmático. Pocas palabras salieron de su boca. Las justas.

—Rays, voy a salir de ésta. Pero lo van a pagar. Eso... seguro. Te lo garantizo — Alonso miró con interés a su conductor.

Acto seguido, el directivo se volvió hacia la entrada, y se ajustó la corbata con elegancia. Un turno nuevo...

PARTE SEGUNDA
CUARTO PERÍODO (I)

(1)

Entró en el despacho, sin apenas saludar a su secretario, el cual tampoco le hizo mucho caso. No entendía quién era ése individuo, ni por qué lo habían puesto ahí. Pero no le gustaba. Tal vez pudiera despedirlo... tal vez más adelante. Pero no en ése momento. Ahora le preocupaban otras cuestiones. Algunas, realmente importantes.

—Martin, Martin —Luis se llevó las manos a la cabeza, mientras se desplomaba en el asiento—. Maldita sea... qué he hecho. Qué pude hacer para...

No supo qué decir. Aunque, en realidad, tampoco tenía mucho sentido quejarse en silencio. Ya no había remedio para aquello... ahora tocaba operar según lo previsto. Y lo primero de todo, era identificar a sus dos potenciales presas. Dado que los números variaban a cada nuevo período, debía identificarlos primero, y sabotearlos después. Aunque tenía alguna noción de quién podría tratarse...

Se levantó, y se dirigió hacia el mueble que guardaba las bebidas. Se sirvió una enorme copa de licor, al mismo tiempo que ponía la radio. Sí... tal vez lo tranquilizara, y lo ayudara a pensar. Dos nombres... eran dos nombres. Y dos hombres, detrás de ellos.

—Ya sabéis, amigos del sonido indirecto —la voz del presentador <<Thunder>> lo confundió un poco—. Hoy podremos vivir en la onda que todos nuestros corazones albergan, detrás de éste nuevo tema de género trap, del rapero...

Sí... le encantó. Dentro de los mismos sonidos espaciados que guardaban un mensaje lleno de palabras desafiantes, intercaladas con ritmos abusivos, Alonso encontró una excusa musical con la cual proyectar su odio en el mismo espacio etéreo, que lo rodeaba. Morir para vivir, era su nuevo lema de existencia. Y sabía hacia dónde debía dirigir, tal actitud.

La volvió a apagar. Bebió de un trago el líquido, y dejó el vaso en su sitio. Dominación, perseverancia... debía mantener la cordura. Se quitó la chaqueta, y la dejó a un lado. Después, como si conociera su vida futura de antemano, se sentó de nuevo, y pulsó el botón. Kyu-Sa debía regresar, cuanto antes.

No se dilató mucho la espera. Justo cuando el gerente se encontraba a punto de volverse hacia la ventana, se abrió la puerta. El responsable de recursos humanos se sentó, y miró a su jefe con cierta intranquilidad. No era para menos. Sabía por terceros que estaba furioso, aunque no quiso preguntar nada al respecto. Sólo cuando Alonso lo miró, entendió el motivo de su preocupación.

—¿Me llamaba, señor? —Kyu-Sa se sintió presa del pánico.

—Sí... dime. ¿Cómo es el rendimiento general del equipo sexto, de la zona primera? —Luis pareció poseído.

—Bueno, acabamos de terminar, pero... mediocre. En relación al último tramo del período, podemos concluir que, si valoramos capacidad, foco y estrategia, la relación de horas de oficina y calle...

—¿No me líes, Sa! No estoy para bromas. ¿A cuántos de ellos has concedido descansos en la última hora laboral del tramo?

—Sólo a tres, señor. Precisamente... —Kyu-Sa trató de explicarse como mejor pudo.

—No me interesa. Salvo a éstos tres, al resto los quiero fuera —Alonso hizo un gesto de desaprobación con la mano—. SIN EXCUSAS... deben estar despedidos antes del nuevo período.

—Claro... señor. Claro...

—¿Zona cuarta? ¿Qué me dices de los tres grupos que están asignados al sector occidental y central?

—Creo que tampoco...

—Fuera. Los quiero FUERA DE AQUÍ... vamos a hacer muchos cambios, Sa. Muchos...

Sí, estaba claro. Aún quedaba mucho trabajo pendiente, por resolver, en aquella plantilla...

Se detuvo. Estaba agotado. Y, en cierto sentido, no era para menos. La conversación con el jefe de recursos humanos se había extendido más de lo previsto, pero fue necesaria. Casi el treinta por ciento de la mayoría de los equipos de las seis principales zonas habían sufrido despidos, según órdenes de Alonso, que ya no admitía la ineficiencia, como una opción. Según indicación de Sa, la contratación de nuevos empleados tardaría un tiempo en producirse, por lo cual las ventas podrían resentirse, en las regiones afectadas.

Pero ése dato le dejó indiferente. La decisión estaba tomada. Lo primero que debía de hacer, para lograr la mejora del rendimiento de la empresa, y elevar con ello su Número Ejecutivo, era desprenderse del <<material antiguo>> que no había cumplido las exigencias previstas, y aventurarse la mayor parte del período con una fuerte limitación del personal, al tiempo que introducía cambios en la bola, con el fin de volverla más eficiente. No sólo cara al cliente, sino a sus propios costes de producción. Una carga que se veía reflejada en los Presupuestos. Inasumible.

—Señor Chaucet. Necesito que informe al jefe de publicidad de que debe acudir a mi despacho. A la mayor brevedad posible —Luis levantó el dedo del botón, sin dar oportunidad de réplica, a su nuevo secretario.

Hizo bien. No le apetecía discutir, y estaba claro que ése individuo se lo pondría difícil, para trabajar. Pero le daba igual. Necesitaba, cuanto antes, enderezar la empresa, y sólo después, buscar la venganza oportuna contra aquellos estafadores. Lo pagarían, eso seguro. Pero lo primero, era lo primero. Pulsó el botón otra vez.

—Hola Jiang —Alonso se notó frío y distante con su amiga.

—Hola, Luis. Cómo te va —Ling pareció afirmar, más que preguntar—. Dime, ¿qué quieres?

—Mira. No me voy a extender. Pero es necesario que acordemos un plan de actuación conjunta. Seamos realistas. Te fastidia a ti, tanto como a mi.

—No quiero discutir otra vez, Luis. No ahora.

—Lo entiendo. Pero debemos colaborar, sí o sí. Mira... eran buenos amigos. No podemos dejar tirado su recuerdo, de una forma tan banal. Aunque sólo sea por nuestra conciencia, debemos hacerlo.

—Luis, no me atrae nada la venganza. Aunque...

—¿Ves? —Alonso se notó seguro, en ése momento—. En el fondo, estás de acuerdo conmigo. Sé que pretendes decirme. Este no es el camino... en la inmensa mayoría de las circunstancias. Pero, Jiang, piensa en esto... fueron a por ellos. No tuvieron piedad. Casi acaban con nosotros, también. No podemos permitirnos no responder.

—... —la mujer no supo qué responder.

—Mira, cargaré con la responsabilidad, si eso te hace sentir mejor. Pero ahora tenemos que colaborar como un grupo cohesionado. Solos, pero... fuertes.

—Ya...

—¿Estás conmigo, Jiang Ling? ¿Me apoyarás?

—Lo he hecho siempre, Luis Alonso. No te preocupes... indica, y procederé.

—Bueno, sólo necesitaba confirmarlo. De momento, actúa como veas. Eso sí, debemos intentar localizarlos... sus agentes. Quienes sean, saber su número. Sólo contra ellos... cuando estemos mejor. ¿De acuerdo? —Alonso no quiso insistir mucho.

—Vale, Luis. Así se hará. Me pondré a ello... veré si puedo encontrar algo de información en los descansos, y después... pasaré a verte —Ling dejó caer aquellas palabras, como si pertenecieran a un mal recuerdo sufrido.

—Cuando sea. Sin prisa, Ji. Paciencia. Si ellos no pudieron escapar, nosotros sí. Sólo debemos priorizar nuestros objetivos, y ejecutar ésta <<orden de venganza>>, cuando las circunstancias así lo permitan. ¿Está bien?

—Sí, sí...

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

